

HISTORIA,

"Aquí está la sabiduría! Que el inteligente calcule la cifra de la Bestia; pues es la cifra de un hombre. Su cifra es 666."

Apocalipsis

SATANOLOGIA

Y

MENTALIDAD COLECTIVA

Jaime Borja

La actualidad de Satanás, la concepción cristiana del mal, es cada día mayor. Está tan enconado en la civilización occidental como en la mentalidad del hombre contemporáneo. Tras una compleja formación y una larga evolución, el concepto y la imagen perviven en la vida cotidiana y la política, en las leyendas y las tradiciones, y, en general en la mayor parte de las elaboraciones de la cultura popular, en el lenguaje y en la identificación con la perversidad del hombre. Esta ponencia constituye un primer intento por ordenar algunos elementos conceptuales básicos en torno al problema histórico de Satanás. Al tomar contacto con el fenómeno histórico en estudio, es inevitable cho-

car con dos problemas: en primer lugar la complejidad de su evolución histórica a través de los diversos procesos y por ende la gran cantidad de fuentes que lo van a nutrir. En segundo lugar es preciso tener en cuenta el abandono historiográfico de la demonología en general y más concretamente dentro de las nuevas tendencias como la psichistoria o la historia de las mentalidades. La discusión histórica de la evolución del concepto "Satanás" permite determinar su gran cobertura dentro de las actuales estructuras sociales y la gran influencia que ha ejercido en las relaciones humanas: es acercarse a un sector de la mentalidad colectiva.





I

La pregunta por El mal: su origen, su función, su proyección ha desbordado la misma historia. Desde siempre, alrededor del cuestionamiento que el hombre se ha hecho alrededor de la muerte y la vida, se ha interpuesto la pregunta por el mal, realidad que inunda la relación del hombre consigo mismo y con la naturaleza. Prácticamente con el nacimiento de la civilización en Mesopotamia se encuentran los primeros datos sobre la creación de una demonología coherente que intentaba explicar el mal. La cultura Sumer no fue la excepción, las civilizaciones que le siguieron en cualquier lugar del tiempo y del espacio intentaron dominar teórica o pragmáticamente el complejo problema del mal - como lo sigue haciendo el hombre contemporáneo-. Desde entonces ha sido justificado desde dos ámbitos: míticamente por el arte (la técnica), la filosofía y la religión; y racionalmente a través de las acciones sociales y la política. Pero la interpretación del problema no se reduce en ningún momento a estas dos formas, que reportan una multitud de concepciones, cada una resultado de una época, de una circunstancialidad específica y de una mentalidad muy determinada por factores culturales. Sea cual sea la forma de

concebir y entender el mal, siempre está marcando el comportamiento, el pensamiento y la acción del hombre. Es aquí en donde el problema en estudio y su interpretación occidental -Satanás- comienza a importarle a la historia.

El hombre, desde las sociedades primitivas hasta las contemporáneas ha intentado superar los fenómenos que para él son inexplicables y que de alguna manera los ha categorizado como "lo malo", porque atentan contra su supervivencia o las reglas éticas que ha instituido. La forma más corriente de atenuar el estado pernicioso del mundo ha sido mediante las acciones rituales, involucradas generalmente con la religión, y la explicación mítica. Las concepciones primarias de la realidad crearon un sistema de interpretación del cosmos que parte de la experiencia del hombre en la naturaleza, nos referimos al 'juicio en categorías de dualidad: bien-mal, luz-oscuridad, día-noche, cuerpo-espíritu. Esta manera de interpretar el mundo, lo que él contiene y representa, penetró completamente en la estructura del pensamiento occidental, convirtiéndose en uno de los ejes -el dualismo- sobre el cual gira la cultura contemporánea en occidente. Sobre esta perspectiva se enmarca el problema del

mal en nuestra estructura social pero junto a esta interpretación mítica se han elaborado racionalizaciones variantes de la dualidad, cuyo presupuesto es un logos interpretado ontológica y cristianamente.

Satanás es esta entidad ontológica. Como personificación de lo diabólico y del mal que hay en el mundo está más allá de ser un concepto metafísico. Desde este punto de vista no le interesa a la historia. La evolución de la cultura occidental ha recargado sobre el concepto de Satanás la perversión del hombre y al escudriñar el desarrollo de su imagen se puede encontrar que en él se ha recreado epistemológicamente el concepto de "lo malo" propio de cada período histórico. En este sentido, el problema en estudio trasciende la perspectiva de la religión para envolver al hombre, como ser histórico, en todos los campos de su actuar.

Satanás, el demonio cristiano, tiene tras de sí un origen múltiple: la imagen y el concepto que de él se maneja actualmente es el resultado de rupturas y continuidades. Sintetiza las creencias egipcias, mesopotámicas, persas, judías y germánicas e indo-asiáticas sobre

el mal. Pero sin duda es el Malaw-Jhvé, trenzado en la tradición judía, el concepto que más se involucró en la construcción del problema cristiano de lo malo y su personificación sensible, Satanás. La intencionalidad de los Testamentos es presentar El Satán como criatura dependiente de Dios. El Dios bondadoso no puede ser el creador del mal, tan solo "prueba" al hombre a través de esta figura. Esta imagen fue la que tomó fuerza en la Iglesia de los primeros siglos y fue reforzada por San Agustín, cuando afirmaba que Dios permite el mal para equilibrar la justicia. Bajo el juego del libre albedrío y la predestinación se fue creando el concepto dual, bien-mal, que aún hoy envuelve las estructuras de acción del hombre contemporáneo.

Con algunas alteraciones, el concepto se mantuvo bajo estos parámetros. A partir del siglo XVIII recibió una serie de cambios que acaecieron con la irrupción de la racionalidad. Kant, Marx y Freud. Con sus aportes ofrecieron una transformación en la esencia del concepto, pues no lo interpretaron desde las premisas de la doctrina judeo-cristiana de la creación y la redención, el mal como lo antidiuino; aún menos lo juzgaron desde la ontología tradicional (cuyo principal artífice es Leibnitz cuando establece la diferencia entre el malum-physicum y malum-metaphysicum). El problema no es para ellos la negación de lo divino, tal como se había entendido, juzgado y actuado

hasta entonces, en donde Satanás era la encarnación. Para ellos es sencillamente la negación de lo humano por la acción culpable del hombre mismo.

Kant, en el contexto de su filosofía trascendental y al comentar la antítesis razón-sensibilidad, afirma que ni Dios ni las leyes ni el ser, justifican lo moralmente malo: es la ilegitimidad de la razón la que acusa o excusa a Dios. Por su parte, Marx hace aportes al concepto desde el punto de vista social. El mal se origina en la injusticia del hombre. La alienación y todo lo que ella implica, conforma el mal social en donde el objeto real de liberación es el proletario. Para Freud el problema tiene otros cauces y está arraigado en las condiciones psicológicas y sociales: las complejidades de la sociedad, el amor humano y la limitante del sufrimiento componen integralmente lo malo. Son en definitiva tres enfoques, tres posturas que se van a fundir con la concepción cristiana y que a la postre van a dar por resultado un concepto de mal que aún no es claro en las postrimerías del siglo XX.

II

Al hacer referencia a estas tres posturas de corte racionalista y al enfrentarlas a la concepción cristiana -cuya estructura está inserta en el pensamiento mítico-, es inevitable un choque de carácter epistemológico: las diferencias y relaciones entre el pensamiento mítico y la racionalidad; la manera como estas dos se alternan -o conviven- en la mentalidad colectiva.

El hombre, lo inexplicable y lo que no era entendido por la razón buscó justificarlo a través del mito, el resultado fue una estructura mágico-arcaica de pensamiento, y por lo tanto un nivel de conocimiento de la realidad que se localizaba en otras esferas de la percepción (que hoy día no son extrañas del todo: las leyendas, los cuentos y la superstición en toda su variedad son prueba de ello). El descubrimiento de la historia, y más concretamente el desarrollo de la conciencia histórica, con el judeo-cristianismo y su desarrollo con Hegel, permitió dar los primeros pasos para la "superación" del mito. Por esta razón el problema de Satanás hasta el siglo XVIII -y en muchos sectores culturales hasta el siglo XX- se juzgó y se entendió bajo el espectro de la estructura mítica.

A partir de la edad moderna, el término racionalización comenzó a significar el desarrollo de aquellas ciencias que engendraban saber utilizable para la técnica natural y social, de manera que pudieran ofrecer una fundamentación racio-

nal a la acción entre los hombres. El mito comenzaba a ser desplazado, pero no pudo ser desterrada la conciencia mítica. La racionalidad no logró borrar de la mentalidad colectiva la manera como ella entendía y justificaba el mal: con otros esquemas la demonología subsistiría.

Teniendo en cuenta la controversia que puede desatar la discusión entre la pervivencia del pensamiento mágico y la estructura racionalista, el historiador que se pregunta sobre el significado o lo que ha representado Satanás a través de la historia y en especial para el mundo occidental, debe recurrir a esta confrontación, la cual le permite sopesar la experiencia humana del mal dentro del marco de los niveles de conocimiento propios de cada período histórico. Esto quiere decir que aunque la razón sea el parámetro del pensamiento contemporáneo, la comprensión del satanismo se debe dar bajo presupuestos diferenciales de la razón y el mito. Por consiguiente, a la historia no le interesa probar la existencia o la inexistencia del diablo, sino hacerse partícipe de la razón occidental y del proceso histórico que ha conducido a su represión y pervivencia en la conciencia del hombre contemporáneo, ya que ciertos comportamientos míticos han perdurado, muchos de los cuales no son solo sobrevivencias de una mentalidad arcaica, sino que son aspectos y funciones constitutivas del ser humano sea cual sea la fase de su pensamiento.

El Diablo no está sujeto a la investigación histórica. No está sujeto como hecho, hecho o personaje, por las razones arriba mencionadas. Pero sí es indispensable la necesidad de hacerle un seguimiento a la evolución de su concepto. Y para la investigación histórica se debe acoger la problemática del concepto, pues es imposible responder a una prueba indiscutible de su existencia como una posibilidad objetiva o trascendental. Lo que sí está al alcance de la investigación histórica es la experiencia humana del mal, míticamente representada en Satanás. Más allá de

la experiencia individual, la investigación choca con la experiencia colectiva, en donde se aloja la necesidad de estudiar la mentalidad inserta dentro de la lógica cultural propia del período investigado. Todo esto apunta a entender que la realidad no es natural sino que está basada en la construcción social.





III

Bajo los parámetros de la construcción de la realidad, la satanología estaría determinada para su investigación bajo dos directrices: lo que podríamos llamar la posición del dominado que estaría dada en la concepción de la cultura popular. La segunda posición es la que llamaremos discurso del dominante, que determina y concibe la satanología y lo que ella desata, como una subcultura.

En primer lugar, la posición del Dominado se da bajo parámetros históricos concretos, en donde la mentalidad colectiva proyecta en la figura de Satanás el miedo o pánico a todo aquello que le oprime culturalmente, o también proyecta una escala de antivalores propios de la dinámica cultural. Todas aquellas negaciones que la sociedad crea, se traducen en demonios, y por ende el concepto de Satanás, encarnación de lo malo, comienza a variar según los esquemas de cada período. Basta con hacer un breve recorrido histórico para comprobar cómo la cultura popular se proyecta.

Durante los primeros siglos de la era, los cristianos de las Catacumbas que eran perseguidos por el Imperio Romano, creían que la principal función de Satanás consistía en separar a los individuos de la Comunidad. Por las circunstancias históricas que los rodeaban, los valores fundamentales rondaban alrededor de la comunidad y la solidaridad, que en las creencias populares eran los dos blancos predilectos de Satanás para fracturar la asamblea, obviamente es el temor a las persecuciones. Oficializada la Iglesia en el siglo IV, en la mentalidad popular el poder del Diablo se acentuaba en la medida en que el cristianismo iba perdiendo su seguridad en la fortaleza del Imperio Romano: era la necesidad de aferrarse a un poder. Ya en la Edad Media, Satanás conserva en la mentalidad colectiva las mismas características humanas y de poder, que por aquel entonces tenía el señor feudal: la relación Señor-siervo, es la misma que la del pacto Satanás-fiel. Al sobrevenir las calamidades socio-económicas al final de la Edad Media, aparece la bruja dando respuestas dentro de la cultura popular a todo aquello a lo cual Dios no respondía. Se demonizaba todo lo que atentara contra el dogma y el teocentrismo, fundamento de la sociedad medieval.

Con la aparición de la burguesía, Satanás también se va a individualizar y su poder aparece ahora plasmado sobre la avaricia y la luxuria, pasiones de los ricos. De igual manera, la colectividad relacionaba la capacidad destructiva del capitalismo con la acción de los demonios. De esta manera, la evolución del concepto ha estado vinculada con el propio proceso histórico hasta llegar al siglo XX, en donde se ha demonizado a los delincuentes (en cualquier matiz): los que atentan contra la "santificación" no ya de los dogmas sino de la propiedad privada. Los miedos de la colectividad son los que son demonizados. Estas son razones que permiten confirmar que la historia no trata de explicar la naturaleza metafísica y de negar su existencia, sino que es necesario recuperarlo como figura histórica que ha marcado, dentro de la actitud del dominado, la mentalidad colectiva, la vida cotidiana, la política. Estos procesos, por el entorno y el arraigo popular, no pueden ser juzgados con los presupuestos culturales ni racionales del mundo contemporáneo.

neo, y más desde la cultura occidental que se cree poseedora de la verdad y desdeña lo que no puede ser comprobado racionalmente. La historia de la satanología nos coloca inevitablemente frente a las fronteras de la realidad: es la pregunta por la vida, la muerte y el destino.

La segunda posición a la que hemos hecho alusión para acercarnos al problema, es desde el Dominante. A esta categoría pertenece en esencia la estructura religiosa en occidente y su institución: la Iglesia. A través de la historia ella se ha preocupado como grupo de presión, por mantener el *statu quo* de la sociedad y por su mediación ha sobrevivido en buena medida el concepto de Satanás. Bajo el discurso del Dominante, la demonología y lo que alrededor de ella se ha desatado ha sido interpretado como una subcultura.

En ninguna parte de la doctrina cristiana hay más confusión que en lo que respecta a la demonología. Los principios doctrinales fueron esbozados por los Padres de la Iglesia, la Patrística y la Escolástica. En todas ellas el Diablo era una criatura inherente y para siempre inferior a Dios y subordinada a él. Esta idea, hoy firmemente establecida, apartó de manera radical al cristianismo del dualismo cosmológico y lo consagró como religión monista. A pesar de todo, en la mentalidad colectiva preexiste la lucha cósmica entre Satán y Cristo que se referencia en el combate entre el cuer-

po y el alma como dos principios opuestos. Esta lucha cósmica retoma una estructura mítica proporcionada desde Sumer, el paso del Caos al Cosmos, en donde Satanás representa al caos -desorden- y Cristo el cosmos -orden-. Esta perspectiva se evidencia hoy en amplios sectores culturales.

La doctrina sobre Satanás está fundamentada en el Nuevo Testamento, de donde se han retomado con especial énfasis los elementos propuestos por el Apocalipsis, de allí se han desprendido buena parte de los conceptos relacionados con Satanás. Hoy, casi al final del milenio muchos de estos están cobrando actualidad y merecen especial atención por parte de los historiadores por la manera como están calando en la mentalidad: Anti-

cristo, el Reinado de los 1000 años, Parusía y Escatología. Indudablemente el que más impacto ha causado es el Anticristo, falsamente identificado con Satanás. En los grandes períodos de crisis, la colectividad ha tendido a esperar el regreso del Cristo, pues dentro de la esfera religiosa comúnmente se ha creído que la causa inmediata de estas coyunturas es la presencia del Anticristo. A esto responden los grandes movimientos mesiánicos. El judío y el musulmán han tenido amplia participación dentro de estos procesos. Se les ha demonizado y se ha tendido a verles como encarnaciones del Anticristo, se justifica esta actitud en varias excusas: función de comerciantes en un mundo feudalizado, prestamistas, o intolerancia religiosa. Pruebas fehacientes son los Protocolos de los Sabios de Sión o la creencia generalizada de un anticristo encarnado en personajes del Medio Oriente. El reino del anticristo corresponde en cierta medida al regreso del caos, el combate escatológico entre Dios y el Dragón.

La Iglesia, al demonizar a cualquier exogrupo, estaba asumiendo la posición de defensora del Dogma, todo lo que entrara en reacción con él entraba en la esfera de lo malo. Pero el juego de las contradicciones permite entrever, cómo algunas circunstancias históricas permitieron que algunos elementos culturales de la llamada subcultura se fusionaran con el corpus doctrinario del cristianismo: al disolverse



el Imperio Romano, factores religiosos germánicos se mezclaron dentro de la Iglesia. En este caso es válido entablar un paralelo con un proceso similar ocurrido en América después del Descubrimiento: la concepción cristiana europea se fusionó con la magia y el concepto del mal que los grupos prehispánicos y negros traídos de África manejaban. Si en la Europa del siglo V el Apolo romano se convierte en San Apolinar -entre centenares de casos-, en América Oshun, el dios de la sensualidad bantú se convertirá en la Virgen de la Candalaria o Shangó en Santa Bárbara.

En suma, una aproximación al problema de la satanología bajo el punto de vista de la subcultura, deviene de la problemática entablada entre lo que predicaba la Iglesia y lo que creía el campesino. En manos del vulgo, el cristianismo era reducido a un núcleo básico que era alimentado por creencias populares bajo la pervivencia del viejo dualismo. Este esquema se ha venido repitiendo hasta nuestros días: basta recorrer el gran bagaje de mitos, leyendas y tradiciones populares en América Latina para percatarse de este sincretismo cultural. La misma religiosidad popular en todas sus dimensiones es parte de este proceso. A estas circunstancias obedeció el rápido crecimiento de la brujería después del siglo XI y su posterior desarrollo.

IV

El estudio del concepto satanás, ya sea que se tome como subcultura o como cultura popular, tiene implícito una serie de aspectos que pueden rayar en lo especulativo: pactos, exorcismo, posesión. Estos elementos que desde las más antiguas tradiciones han girado alrededor de lo demoníaco, no le interesan a la historia como hechos concretos. Pues como ya se ha afirmado, no se pretende probar la presencia y la eficiencia de Satanás. Tomar estos aspectos como especulaciones, no pretende invalidar y aún menos desconocer la existencia de fenómenos inexplicables a la razón y que pueden ser parte de la energía natural del hombre. Por estas razones se debe considerar los límites del concepto, límites determinados natural y flexiblemente, de manera que el estudio de Satanás esté ligado a la coyuntura y a las características sociales, políticas y mentales de cada período. Por eso se debe centrar el estudio de Satanás en su concepto y en los alcances de este. Los hechos que lo describen o los escenarios históricos donde posiblemente actúa no son sólidos ni confiables porque las fuentes testimoniales orales o documentales con producto de histerias o psicosis colectivas, o producto de un pensamiento mágico, y en

los peores casos son resultado de presiones externas como la tortura o la represión cultural. El concepto sí es representativo en tanto que se le puede acoger como manifestación del inconsciente colectivo y por lo tanto reflejo de la mentalidad colectiva.

Históricamente, tanto los hechos como el concepto han tomado más fuerza en los períodos de transformación social profunda. En estos momentos surge la imagen generalmente mítica de un pasado distinto y mejor, un modelo de perfección frente al cual el presente es decadente y el orden social se convierte en tal caso en un intento consciente de volver al pasado mítico: la mentalidad tiende a crear mesías salvadores o en su defecto anticristos que den respuesta a las incertidumbres.

En este contexto surge otra pregunta en torno a la dicotomía de una imagen de Satanás impuesta por la cultura dominante y la creada por una cultura popular. En este caso es importante separar la imagen de Satanás de los elementos componentes propios de cada clase social. La cultura le ofrece al individuo y por ende a la colectividad un horizonte de posibilidades latentes, una jaula flexible e invisible para ejercer dentro de ella la libertad cotidiana. la influencia recíproca de

e una satanología de la clase domi-
ra nante y una satanología de la clase
to subalterna (especialmente después
se del siglo XII con la formación y la
ad demonización de la burguesía), es
do rastreado en las diferentes facetas
n de producción social y cultural. En
o este lugar cabe preguntarse hasta
r- qué punto los eventuales elemen-
s tos de la clase dominante o hege-
- mónica en la mentalidad popular,
i- son fruto de una aculturación más o
e- menos deliberada, o de una conver-
i- gencia más o menos espontánea, y
- no de una deformación inconscien-
- te de las fuentes, claramente incli-
- nadas a reducir al silencio lo co-
- mún y corriente.

El estudio de Satanás en la historia induce, por lo tanto, a hacer una arqueología del silencio en las estructuras de pensamiento mágico, en la vida cotidiana y en las fantasías históricas de las colectividades.

Pero el problema no se agota en las sociedades o en las estructuras pre-capitalistas, sino que también el problema de Satanás toma otras dimensiones en el mundo contemporáneo en donde la mitología escatológica y milenaria que envuelve el satanismo ha hecho su reaparición encarnada en los movimientos políticos totalitarios. La lucha final y decisiva, de los elegidos 'arios' o 'proletarios' contra las huestes del



demonio -judíos o burgueses- tras la búsqueda de un ideal concreto -dominar el mundo o vivir en la igualdad absoluta- es concedida por un "decreto" de la providencia a los elegidos, que encontrarán así una compensación a todos sus sufrimientos: el cumplimiento de los últimos designios de la historia en un universo al fin desprovisto del mal. El milenarismo fascista y el quilismo marxista, se nutren ambos del mito mediterráneo del Redentor Justo.

Las dimensiones del satanismo en la cultura occidental crecen en tanto que la historia ahonda en el estudio de los grupos sociales. Por ejemplo, la demonización de los herejes, gitanos, judíos o cualquier otro exogrupo, se explica sólo dentro del contexto histórico. Estas demonizaciones están dando respuestas a las actitudes de culturas alternas que se mueven dentro de los patrones sociales establecidos. Estos mecanismos de control social permanecen en la actualidad con algunos cambios o variables conceptuales. Es el caso de la conocida caza de brujas ocurrida desde el siglo XV hasta el XVII, en donde las dimensiones de la obsesión cultural de perseguir a los adoradores de Satanás llevó a la hoguera a millares de mujeres. Esta actitud comparada con cualquier macartismo contemporáneo no tiene muchas diferencias.

Un último aspecto por resaltar es la íntima relación que existe en-

tre la demonología y la historia de la sexualidad. Sobre la demonología se han volcado culturalmente todos los excesos, especialmente sexuales, que no son inteligibles al pensamiento humano. Identificado con el desenfreno sexual, la pasión o todo lo que tenga que ver con la sexualidad, el demonio fue emparentado a la mujer; ella siempre cercana a la tierra, a la fertilidad, a la noche, al mal, es la imagen de Eva: tentadora del hombre en favor de Satanás. El papel demoníaco de la mujer es posible aprehenderlo en la totalidad de los procesos históricos y generalmente responde a la estructura de pensamiento con categorías de dualidad.



La sexualidad a través de la historia se proyecta culturalmente en forma de deseos reprimidos o tentaciones temidas, cuya faceta es muy explícita en lo que concierne a la demonología. El Sabbath, el aquelarre y la misma imagen de los demonios súcubos (los que toman forma de mujer para tentar al hombre) o los incubos (forma de hombre para tentar a mujeres), lo que generalmente representan es un padre castrador. El erotismo va de la mano de la apostasía.

El detrimento del cuerpo y la exaltación del valor espiritual dentro del cristianismo, se entremezcló con un culto imaginario de un diablo que se materializaba como gato o macho cabrío, lo cual parece ser un claro ejemplo dentro de la mentalidad del "retorno de lo reprimido", siendo lo reprimido en este caso la animalidad humana, distorsionada y transformada en algo monstruoso por la represión.

Los casos abundan y no sólo en la relación de la satanología con la sexualidad. La mayor parte de los campos de la actividad humana denotan la presencia o las secuelas de una mentalidad que arrastra tras de sí casi 5.000 años de historia de demonios, que a lo largo de la historia no han sido más que la materialización del concepto del mal. Rupturas y continuidades marcan la relación del hombre con el demonio, o por lo menos con su concepto ♦